

## Sentido e importancia de la fe en la Trinidad

1. El Dios verdadero y vivo existe con unidad e identidad inviolables. Pero al mismo tiempo, Dios es, dentro de esta unidad, el mismo bajo tres modos relacionamente distintos. O para expresarnos de otra manera: el Dios uno existe con unicidad esencial bajo la forma de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo. Es decir, en la unidad de relaciones de tres Personas distintas.

La Trinidad no es una realidad casual, accidental; no es una realidad que viniese a juntarse con la unidad de Dios. Al contrario, existiendo como idéntico en eterna inmutabilidad, es al mismo tiempo tres veces el mismo. No se puede decir que en Dios existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, o que Dios es trino. De este modo se expresan, por ejemplo, San Agustín y el undécimo Concilio de Toledo, del año 675 (D. 278).

2. La Trinidad se funda en la perfección de Dios. Es expresión y signo de la desbordante plenitud vital de Dios, de la intensidad vital y riqueza supremas de la vida. La naturaleza humana, el cuerpo y el espíritu humanos, el entendimiento y la voluntad del hombre, la sustancia humana apenas si bastan para que el yo

humano pueda vivir una vida de penalidades y esfuerzos continuos; la esencia de Dios, al contrario; la sustancia divina dispone de una vida tan superabundante, de inteligencia y amor tan desbordantes, que no puede manifestarse exhaustivamente ni puede acabar su pletorismo vital en la vida, en el conocimiento y en el amor de un yo único. Para ello es necesaria la existencia de un yo triple, de tres modos de existencia. Mientras que nuestros ojos corporales y espirituales sólo disponen de capacidad visual para un yo, el espíritu de Dios dispone de capacidad visual para tres yos. Su capacidad visual no rendiría todo lo que puede, en el caso de que sólo un yo conociese por medio de ella. Lo mismo se puede decir del amor y voluntad divinos.

La Trinidad se deriva, pues, de la más profunda raigambre del Ser divino. La Trinidad es tan necesaria que Dios no existiría si no fuese trino, que la esencia una de Dios se aniquilaría si la Trinidad personal dejase de existir, debiendo notar aquí que esta suposición es una idea absurda y que nosotros podemos concebirla porque nuestros ojos humanos no intuyen la realidad de Dios. Esta necesidad, fundada en el pletorismo divino, no es una imposición ciega y cohartante, sino libertad clara y luminosa, ya que sólo bajo la forma de Trinidad personal, Dios puede desarrollar la vida que le corresponde.

Por otra parte, la intensidad ontológica de Dios, la vida, conocimiento y amor divinos se realizan exhaustivamente en el triple yo divino. En Dios no hay zona alguna impersonal. Al contrario, en la totalidad de la esencia divina, el ser, la vida, el conocimiento y la voluntad se hallan elevados al supremo grado de existencia personal.

3. Debido a la revelación de la Trinidad en Cristo, el Cristianismo se distingue clara y distintamente de todas las religiones no cristianas. Dentro del ámbito de la Revelación misma, tiene importancia fundamental la manifestación de la vida divina una y trina. Todas las otras realidades manifestadas en la Revelación se hallan bajo la influencia de su luz y van signadas con su sello. Con esta caracterización de la importancia fundamental de la Trinidad personal divina no nos oponemos a la doctrina según la cual Cristo ocupa el centro de la fe cristiana. Para los ojos del creyente Cristo es el más íntimo santuario en el seno de la rica realidad del Dios uno y trino. En el Hijo de Dios hecho hombre confluye la vida divina. En Cristo podemos percibir y captar esa vida. A

partir de Cristo llegamos hasta la vida trina de Dios. Mediante Cristo se verifica también la automanifestación del Dios uno y trino. La aparición histórica de la Palabra de Dios encarnada y la palabra de revelación que Él dirige al hombre, nos manifiestan la Trinidad personal de Dios y nos incitan a tomar parte en la vida trina de Dios. En efecto, el Hijo de Dios encarnado procede de la vida divina trina, y existe en esa vida. Ha sido enviado al mundo para que podamos participar, tomar parte en la vida trina de Dios, para conducirnos hasta el Padre en el Espíritu Santo. Resulta, pues, que la fe en la Trinidad depende indisolublemente de Cristo. Al mismo tiempo la Sagrada Escritura—en la cual el Espíritu Santo da testimonio de Cristo—nos permite entrever por todas partes que la Trinidad personal de Dios nos ha sido revelada para que podamos comprender a Cristo y su obra; lo uno es condición de lo otro. Cristo nos conduce al Padre. Nos ha anunciado al Dios-Padre. Es el camino que conduce hasta él. Pero al mismo tiempo parece que vemos con nitidez en la claridad del Padre quién es Cristo. Ya que el semblante del Padre resplandece en el semblante de Cristo, queda revelado Cristo mismo. Cristo es el camino que conduce hacia el Padre; por otra parte, nadie puede llegar hasta Cristo si es que el Padre no le atrae (*Io.* 6, 44; 14, 6). Para llegar a comprender la existencia prehumana de Cristo es preciso conocer la relación intradivina de la Palabra encarnada.

4. En la luz de la Trinidad personal de Dios, y solamente en ella, aparece la esencia de la existencia cristiana. Sólo si llegamos a comprender en la fe la importancia intradivina de Cristo, es decir, sólo partiendo de la Trinidad personal de Dios, aparece con claridad ante nuestros ojos el sentido y la importancia de nuestra unión con Cristo, operada por la fe y el bautismo y consumada en el estado de vida celestial. Para valorar debidamente toda la grandeza y profundidad de la vida (sobrenatural) divina (véase la Cristología y el tratado sobre la Gracia) fundada en nuestra incorporación a Cristo (*Eph.* 1, 6), es preciso considerarle como una misteriosa entrada en la consumación de la vida divina una y trina. El misterio más íntimo del ser cristiano, de la existencia cristiana, es el misterio de nuestra participación en el intercambio vital de las tres Personas divinas (*Eph.* 2, 18).

La revelación de la vida divina una y trina implica, pues, la manifestación de la riqueza de Dios; nos permite entrever la vida interna divina y es, por consiguiente, una prueba del amor especial

partir de Cristo llegamos hasta la vida trina de Dios. Mediante Cristo se verifica también la automanifestación del Dios uno y trino. La aparición histórica de la Palabra de Dios encarnada y la palabra de revelación que Él dirige al hombre, nos manifiestan la Trinidad personal de Dios y nos incitan a tomar parte en la vida trina de Dios. En efecto, el Hijo de Dios encarnado procede de la vida divina trina, y existe en esa vida. Ha sido enviado al mundo para que podamos participar, tomar parte en la vida trina de Dios, para conducirnos hasta el Padre en el Espíritu Santo. Resulta, pues, que la fe en la Trinidad depende indisolublemente de Cristo. Al mismo tiempo la Sagrada Escritura—en la cual el Espíritu Santo da testimonio de Cristo—nos permite entrever por todas partes que la Trinidad personal de Dios nos ha sido revelada para que podamos comprender a Cristo y su obra; lo uno es condición de lo otro. Cristo nos conduce al Padre. Nos ha anunciado al Dios-Padre. Es el camino que conduce hasta él. Pero al mismo tiempo parece que vemos con nitidez en la claridad del Padre quién es Cristo. Ya que el semblante del Padre resplandece en el semblante de Cristo, queda revelado Cristo mismo. Cristo es el camino que conduce hacia el Padre; por otra parte, nadie puede llegar hasta Cristo si es que el Padre no le atrae (*Io.* 6, 44; 14, 6). Para llegar a comprender la existencia prehumana de Cristo es preciso conocer la relación intradivina de la Palabra encarnada.

4. En la luz de la Trinidad personal de Dios, y solamente en ella, aparece la esencia de la existencia cristiana. Sólo si llegamos a comprender en la fe la importancia intradivina de Cristo, es decir, sólo partiendo de la Trinidad personal de Dios, aparece con claridad ante nuestros ojos el sentido y la importancia de nuestra unión con Cristo, operada por la fe y el bautismo y consumada en el estado de vida celestial. Para valorar debidamente toda la grandeza y profundidad de la vida (sobrenatural) divina (véase la Cristología y el tratado sobre la Gracia) fundada en nuestra incorporación a Cristo (*Eph.* 1, 6), es preciso considerarle como una misteriosa entrada en la consumación de la vida divina una y trina. El misterio más íntimo del ser cristiano, de la existencia cristiana, es el misterio de nuestra participación en el intercambio vital de las tres Personas divinas (*Eph.* 2, 18).

La revelación de la vida divina una y trina implica, pues, la manifestación de la riqueza de Dios; nos permite entrever la vida interna divina y es, por consiguiente, una prueba del amor especial

con que Dios ama al hombre y de la confianza divina. Sería falso creer que la Revelación de la Trinidad personal de Dios no es más que una mera ocasión de poner a prueba en grado supremo la mentalidad del creyente. Si bien la Trinidad personal de Dios es una realidad que caracteriza y distingue la esencia de la fe cristiana, constituiría una deformación y un cercenamiento de la fe el separar esa realidad de la vida creyente o de la doctrina de la Redención, o el señalarle en ésta un lugar secundario. La Revelación del misterio de la Trinidad se convertiría de ese modo en un tesoro de verdades de fe muerto, en un tesoro que se conoce, que se posee y se guarda como si fuera un viejo y valioso pero inútil recuerdo de familia, al que no se le concede importancia alguna en la vida religiosa. La alusión al carácter misterioso de la Trinidad personal divina no justifica tal relegación. El que eso alegase perdería de vista que Dios mismo ha encendido en los corazones de los bautizados una luz en cuyo resplandor pueden contemplar el misterio de Dios, siendo capaces de conocerle y de captarle (*Eph.* 1, 18).

La Liturgia eclesiástica y las enseñanzas de la Escritura y de los Santos Padres relativas a la Revelación de la vida una y trina de Dios demuestran hasta qué punto la existencia cristiana depende de la realidad de la vida divina una y trina, y que sólo mediante la fe en esa realidad se puede realizar y comprender tal existencia. Todos los sacrificios y oraciones de la Iglesia se dirigen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo (véase el *Tratado sobre la Iglesia*, vol. 3). Según la Escritura y la doctrina de los Santos Padres, Dios no se contenta con revelar teóricamente su vida divina una y trina, de modo que baste tomar noticia de ello, conservándolo creyentemente en los recintos de la memoria. Dios revela su Trinidad personal de tal modo que se manifiesta como Ser personal uno y trino, operando en y con el hombre. El Padre envía al mundo a su Hijo para que éste redima a los hombres de la muerte y del pecado. El Hijo vuelve al Padre y envía junto con Él al Espíritu Santo para que Éste nos conduzca hacia la vida divina. Las Personas divinas no están descritas en su estado de reposo, sino en su obra redentora en nosotros. La Sagrada Escritura cuenta cómo las Personas divinas abandonan su inaccesibilidad, se acercan al hombre y le conducen al interior de su propia vida. Más aún, la Escritura no sólo habla de ello; sus palabras contienen una llamada activa de las tres Personas divinas.

En la palabra se apodera Cristo de nosotros para conducirnos hasta el Padre en el Espíritu Santo.

De todo lo dicho se deduce la importancia de la fe en la Trinidad. El que se aparte consciente y voluntariamente de esa fe, no sólo comete una falta intelectual, sino que destruye también su existencia cristiana.

5. Al condenar en sus decisiones doctrinales los errores trinitarios, especialmente los del arrianismo, la Iglesia no sólo asentó constataciones teóricas, sino que también realizó con ello su fe en el Dios que se revela en Cristo, así como su fe en la propia esencia. Con tales decisiones se declaró en pro de su existencia fundada en Cristo e hizo frente a los ataques del hombre autócrata. En efecto, el más profundo misterio de la existencia cristiana lo constituye el nacer de Dios, verificándose este nacimiento mediante la comunidad con Cristo en el Espíritu Santo. Para que hayan podido nacer de Dios y puedan ser hijos de Dios los que están unidos con Cristo, es necesario que Cristo haya sido engendrado por el Padre como Hijo igual a Él en esencia. Teniendo presente que la herejía atacaba al centro vital de la existencia cristiana, se comprenden el apasionamiento y la vehemencia con que los cristianos de los siglos III y IV rechazan los errores opuestos al dogma de la Trinidad. San Gregorio de Nisa refiere que no es posible cambiar dinero, ni comprar pan, ni tomar un baño sin verse enredado en discusiones sobre el problema de si se puede o no hablar de engendramiento en la Trinidad (*Oratio de deitate Filii et Spiritus Sancti*; PG 46, 557 B). Cuando la Iglesia condenó por medio de los Padres del Concilio de Nicea (325) las doctrinas del arrianismo, según las cuales el Hijo no es verdadero Dios, sino una criatura del Padre, expresando su condenación con fórmulas del lenguaje propias de la época, no se entregó al helenismo, como pretenden algunos teólogos dogmáticos, sino que se defendió contra las tendencias helenizantes del arrianismo, la secularización y socavación de la existencia cristiana.